

Ladrones de almas.

por Andrea Gómez Delgado (Benidorm, Alicante)

[Obra ganadora del concurso literario “Memorias de Idhún”,
organizado por la web LauraGallego.com en 2004]

Aún sigo sin entender qué hago aquí. Y mis compañeros tampoco lo saben. Algunas personas roban oro y demás metales y piedras preciosas. Incluso hay quien hurta y trafica con los demás seres, sin importarle nada ni nadie, solo los beneficios que le reportaría. Nosotros solo robábamos almas. ¿Cómo se puede comparar el hurto de una vida con el de un alma, una cosa intangible y que aún no se sabe ni siquiera si existe?

Pero bueno, nosotros seguimos aquí encerrados, esperando nuestra sentencia, que estoy seguro no será muy buena, después de lo dicho en el juicio...

“Estas criaturas no merecen ni la muerte, porque de esa manera encontrarían descanso”, “Son como Lucifer, que transformado en serpiente engaña con sutiles y delicadas palabras. E incluso yo diría que son aún peores, pues él fue creado para hacer el mal, pero ellos no habían nacido para ser malvados, tomaron su propia decisión.”

Y esto es solo una muestra, pues cosas como esas e incluso peores se dijeron en la vista.

*

- ¡Levántense los acusados! Vamos a proceder a la lectura de la sentencia.

La sala entera enmudeció, los susurros se extinguieron, los movimientos de las sillas cesaron. Era tal el silencio que casi podía escucharse la saliva bajar por la garganta de los reos.

Un miembro del jurado se levantó y, mirando una hoja que llevaba entre manos, esperó el permiso del juez.

- Cuando quiera.

- Verá –comenzó-. Después de mucho tiempo de comentar y deliberar no hemos podido aclarar nada debido a las distintas opiniones de los miembros del jurado; por eso creemos conveniente que los acusados deben realizar un reto para probar si poseen un corazón puro o no, tal y como mandan las leyes.

El sol comenzaba a asomar tras las cumbres cuando el carcelero los despertó.

- Hoy haréis vuestra prueba, rufianes –dijo, abriéndoles la celda-. ¡Venga! No tenéis mucho tiempo que perder.

Abrieron los ojos y se desperezaron tranquilamente. Al ver que no se apresuraban, el carcelero le dio un puntapié al que más cerca de él estaba.

- ¡Daos prisa! Si fuera vosotros ya estaba saltando de la cama

- Si durmiéramos en una cama saltaríamos de ella –repuso el reo que había recibido el puntapié.

*

¡Ojalá le hubiéramos hecho caso al carcelero y nos hubiéramos dado más prisa en salir! Ahora ya estaríamos llegando a nuestro destino... Pero no es así y el fuerte sol del mediodía nos quema las nuca mientras seguimos nuestro ascenso por esta montaña.

*

La roca le pasó rozando la cabeza y miró asustado hacia arriba. Uno de sus compañeros había pisado mal y ahora se encontraba colgado del borde, a punto de caer al suelo situado a tantos metros de ellos.

- ¡Ya voy yo! –dijo el que estaba más cerca del accidentado.

Consiguió cogerlo y subirlo a un llano, donde estaba seguro de una caída mortal.

*

Aún nos quedan unas tres horas de penosa subida... Ya llevamos casi cuatro horas y el sudor nos cae por el rostro como si hubiéramos metido la cabeza en un barreño con agua. Encima nos hemos llevado el susto de Jean, que casi se precipita al abismo cuando ha resbalado. Esperemos que en la prueba no haya que hacer mucho esfuerzo físico, pues si ocurriera esto caeríamos desfallecidos...

*

Al llegar a la cima de la montaña no encontraron nada, salvo árboles, rocas y la ladera opuesta por la que habían subido, al finalizar la cual se encontraba un extenso bosque. Se sentaron bajo un pino, cobijados por la sombra, aunque ya no había mucho sol, pues era ya tarde y el sol comenzaba a ocultarse.

- ¡Ay! ¿Qué es esto que se me ha clavado? –dijo Claudio sacándose un cilindro de detrás de la espalda-. ¡Eh, vosotros! Mirad lo que había entre estos matorrales sobre los que me he recostado.

Les mostró el cilindro, que llevaba la inscripción “PRUEBA” escrita en letras color carmesí. Se fijó en que tenía una ranura y lo abrió.

Extrajo de él un pergamino y lo leyó:

- Vuestra prueba consiste en hacer que el unicornio que vive en el bosque se acerque a vosotros. Tenéis hasta el amanecer. Habéis de saber que los unicornios solo aceptan a las personas puras de corazón, por lo que si no conseguís que se aproxime a vosotros seréis condenados inmediatamente. En caso contrario, tendréis la oportunidad de otro juicio.

- ¿El bosque? ¡Pero si está ahí abajo! – señaló el hacia abajo, donde se extendía el frondoso bosque-. ¿Tendremos que descender otra vez la montaña después de este largo ascenso?

- Alexandre, cálmate. Es cierto que nos han hecho subir para nada, pues podíamos haber llegado al bosque por el camino que bordea la montaña, y que esto parece una prueba física en vez de moral... Pero si así nos lo han ordenado, así lo haremos.

- Has de entender que esto supera lo razonable, Jean. Quizá lo que quieren es que muramos de agotamiento y perdernos de vista.

- Puede ser –intervino Claudio-. Pero tenemos que hacer lo que ha dicho el jurado.

*

Claudio y Jean dicen que me calme, pero es que volver a bajar la montaña y encontrar a un unicornio en ese enorme bosque antes del amanecer es una cosa casi imposible, porque ya está casi anocheciendo y estamos agotados. No sé si podremos aguantar toda la noche despiertos.

Recuerdo que hace cuatro horas pensaba que ojalá la prueba no conllevara muchos esfuerzos... ¡malditos miembros del jurado!

*

El sonido del agua les indicó que estaban próximos a un río, en el cual podrían beber hasta saciarse después del largo descenso. Y así hicieron.

La luz de la blanca y redonda luna llena se reflejaba en las aguas del riachuelo.

- Al menos no estaremos totalmente a oscuras –comentó Jean señalando el brillante satélite.

- ¡Qué consuelo! –dijo irónicamente Alexandre.

- Eres muy pesimista.

- Claudio, cuando no hay ninguna esperanza hay que ser pesimista.

*

Los dos creen que hay alguna posibilidad de que lo consigamos, pero yo no opino igual. ¿Alguien ha visto alguna vez un unicornio? No, por lo tanto no sabemos si existen o no. Y si no existen, es imposible que uno de ellos se nos aproxime.

*

- ¡Por aquí ya hemos pasado antes! –protestó Alexandre-. ¿Es que vamos a estar toda la noche dando vueltas en este maldito bosque?

- Este arbusto no lo he visto, por lo tanto no hemos estado aquí. Ahora intenta calmarte, que con la desesperación no se consigue nada –después de decir esto, Jean pasó su brazo sobre los hombros de su nervioso compañero.

Llevaban un par de horas caminando, pero no encontraron ni rastro del unicornio. Pararon a descansar, y se sentaron en el suelo, derrotados.

- ¡Ya no puedo más! –suspiró Claudio-. Estoy harto de caminar entre árboles y árboles, ¡todo el bosque parece igual!

- La verdad es que me preguntaba cuánto tiempo tardaríais en rendiros –comentó Alexandre con una pequeña sonrisa triste en los labios.

*

Ahora que había empezado a coger ánimos Jean y Claudio se rinden. ¡Esto no puede ser! Tenemos que hacer algo, nos jugamos mucho como para rendiros así como así... Siempre hemos sido unos luchadores –estábamos en contra de todo lo establecido, una de las causas de nuestra condena es esa- pero ahora, de repente, mis compañeros han perdido todas las fuerzas y las ganas de seguir luchando.

Debo animarles a continuar, pues creo que aún nos queda algo de esperanza.

*

Notó que algo se movía a sus espaldas, detrás del árbol en el que reposaba. Se giró, asustado, pero lo que vio le paralizó, un resplandor le cegó, y la belleza de aquel ser le conmovió. Sin duda alguna lo que estaba viendo era lo que estaban buscando con tanto anhelo, con tanta desesperación. Moviéndose a Claudio, que estaba a su lado, para que se despertara. En cuanto abrió los ojos, Alexandre le hizo un gesto para que guardara silencio y señaló a la criatura, que estaba más cerca de ellos que hacía unos instantes.

*

¡Lo hemos logrado! Y no lo hemos encontrado: él vino a nosotros. Creo que cada vez estamos más cerca de la libertad, una cosa que ansiamos desde hace tanto tiempo... Incluso el nombre suena hermoso: libertad.

Libertad. Nuestra libertad. Mi libertad.

*

El unicornio se acercó a Jean, que aún estaba dormido, y se recostó a su lado. Al notar su presencia, el hombre se despertó sobresaltado, pero al ver a tan hermoso ser tan cerca de él y a sus compañeros enfrente, con una sonrisa de triunfo en los labios, supo que lo había conseguido.

*

Al amanecer nos encontraron durmiendo bajo los mismos árboles donde habíamos encontrado al unicornio, o donde él nos encontró a nosotros, mejor dicho. No había ni rastro del animal, pero, no sé cómo, supieron que había estado con nosotros.

Ahora volvemos a estar en la celda, esperando el nuevo juicio. Espero que éste tenga una sentencia mejor que el anterior, pues no podemos estar toda la vida haciendo pruebas.

*

- ¡Eh chicos! –Claudio los despertó chistándoles.

- ¿Qué quieres? Porque como no sea algo muy importante, lo suficientemente importante como para turbar mi sueño...

- Perdona, alteza, no era mi intención “turbar su sueño” –se burló Claudio.- Bueno Alexandre, os he despertado para pedirlos que me prometáis que estaremos siempre unidos, pase lo que pase. ¿Te parece eso suficientemente importante?

- Sí, pero también nos lo podías haber dicho dentro de un par de horas, cuando sea de día y tengamos que ir al juicio...

- Bueno, bueno –cortó Jean.- Creo que sí que es un buen motivo, así que por mi parte estoy de acuerdo y lo prometo.

- Yo también lo prometo, porque no sé qué haría sin vosotros.

Los tres amigos se chocaron las manos como señal de la promesa y se abrazaron.

*

Ya nos leyeron la sentencia, ya solo nos falta que se cumpla nuestra pena. Por suerte no nos han condenado a muerte, o por desgracia... Nuestra condena es todo lo contrario: no morir.

Tampoco parece una cosa tan grave, es más, puede llegar a ser bueno...

Podremos leer todos los libros del mundo, escuchar todas las músicas escritas y por escribir, viajar por todo el planeta...

Lo que no entiendo es una cosa: el “verdugo” que va a llevar a cabo nuestra condena es un brujo. ¿No son los brujos ayudantes de Satán? ¿No los queman en las hogueras en el centro de las plazas? ¿No son acusados por la Iglesia de herejes? Entonces, ¿por qué ahora se alían con ellos para condenarnos?

*

El despertador sonó, avisando que era hora de levantarse.

- ¡Maldito despertador! –dijo, apagando de un golpe el ruido infernal que lo había despertado.

- Alexandre, algún día lo romperás.

- Si tampoco le doy tan fuerte, Claudio.

- ¡Nooo! ¡Qué va! –dijo irónicamente Jean, que acababa de entrar por la puerta, ya vestido.

Los tres entraron en la oficina charlando, cuando una voz a sus espaldas los detuvo.

- ¡Alexandre!

Se giraron y vieron a una mujer, tendría unos diez años más que ellos, más o menos 37, que se acercaba a ellos.

Alexandre y ella se saludaron con dos besos y el primero presentó a sus compañeros.

- ¿Qué haces aquí, Carolina?

- He venido a hacer unos asuntos de la empresa en la que trabajo. ¿Trabajas aquí?

- Sí, desde hace casi 6 años.

- Casi seis años... Eso es un poco menos del tiempo que hace que no te veo, pero ¿no has cambiado nada! –exclamó Carolina mirándolo de arriba abajo. Alexandre dirigió la vista hacia sus dos compañeros, que le sonrieron.

- Es que me conservo muy bien...

*

Han pasado ya más de 500 años desde nuestra condena, ya ni me acordaba, Me lo ha recordado Carolina, cuando la he visto. 500 años, casi 600, no son pocos. Nos ha dado tiempo a hacer muchas cosas, pero lo que no hemos podido hacer es entender porqué nos condenaron...

Algunas personas roban oro y demás metales y piedras preciosas. Incluso hay quien hurta y trafica con los demás seres, sin importarle nada ni nadie, solo los beneficios que le reportaría. Nosotros solo robábamos almas... con nuestros poemas, con nuestras canciones. ¿Es que es un delito ser juglar?